

Museo Romántico: un palacio del pueblo



Paola López Castillo

A primera vista, señorea el conjunto arquitectónico de la Plaza Mayor. Impresionan su fachada de grandes arcos sobre pilares que dan forma al portal y el balcón volado con la decorada reja de hierro. Su majestuosidad sugiere que entre sus muros palpita el esplendor de la villa de la Santísima Trinidad.

Una vez traspasado el zaguán de entrada, el ambiente doméstico envuelve al visitante y un suave aroma de café recién colado seduce los sentidos. La disposición casual de los objetos, el buen trato de los técnicos y el murmullo de las plantas en las macetas, se confabulan para que se sienta -más que un museo- como un hogar.

Construida en el Siglo XVIII, la vivienda No. 52 de la calle Cristo perteneció a varias familias ilustres de la ciudad, y su estructura actual es reflejo de las pretensiones de cada una. En 1836 adquiere el nombre de palacio por la unión de doña Ángela Borrel y Lemus con el conde Nicolás de la Cruz Brunet.

Pavimentos de mármol, pinturas murales, refinadas puertas y alacenas de maderas preciosas otorgan al inmueble una elegancia poco común. Pero lo que realmente lo hace único es la importante colección de muebles y artes decorativas que ornaron casas e instituciones trinitarias en la etapa del mayor florecimiento económico de la localidad.

Luego de una profunda restauración, el Palacio Brunet abrió sus puertas como Museo Romántico en 1972. Curiosamente, ninguno de los elementos de gran valor histórico, cultural y artístico que se exponen en las 14 salas permanentes perteneció a los dueños de la mansión, sino a los linajes de los Sánchez, Iznaga, Méyer, Bécquer y otros.

El montaje expositivo brinda un panorama de la vida de la sacarocracia criolla en el período comprendido entre los años 1830 y 1860. Se estructura en salas, recibidores, comedores principales, comedores pequeños para usos especiales, salones de estar, dormitorios, baño y letrina, como las viviendas típicas.

Metales preciosos, porcelana, cristal, madera, nácar y hasta conchas marinas se funden en todos los espacios bajo las exquisitas formas de objetos ornamentales, utensilios, mobiliario, vajillas y lámparas. Verdaderas joyas hechas a mano por artistas cubanos y foráneos, forman parte de la memoria tangible de la ciudad.

Uno de los mayores orgullos de la institución es la muestra de muebles de madera elaborados por ebanistas del patio con influencias del estilo imperio puro inglés y norteamericano. Como peculiaridad, estas obras de arte popular tradicional sustituyen el clásico tapizado por la pajilla, debido al clima de la isla.

También se exhiben piezas únicas que no corresponden a la época, pero que son exponentes significativos del patrimonio internacional. Se trata de auténticos originales del arte europeo, que cruzaban el océano en los baúles de los hacendados de mejor posición económica para enriquecer el patrimonio familiar.

Para suerte de los trinitarios, los tesoros del "Romántico" no permanecen dormidos entre sus paredes. Además de la incalculable cantidad de visitantes nacionales y extranjeros que recibe a diario, el museo sale en busca del intercambio con la comunidad. En sus 35 años de servicio ha recorrido todos los rincones del municipio.

Actividades para niños, jóvenes y adultos, proyectos didácticos en los Consejos Populares del Plan Turquino, interrelación con la Sede Universitaria Municipal, círculos de interés, visitas a escuelas, programa de lucha antidrogas y trabajo con niños con necesidades educativas especiales, atención a ancianos y discapacitados son algunas de las acciones que llevan a cabo.

Como reconocimiento a esta labor, el colectivo ha obtenido numerosos lauros. En este año 2007 ratificó la condición de Vanguardia Nacional, ya ganada de forma consecutiva entre 1990 y 1997. Asimismo, mereció el Premio de Cultura Comunitaria, que otorga la Dirección Provincial de Casas de Cultura.

El Museo Romántico, primera de estas instituciones en Trinidad, no ha quedado detenido en el tiempo, ni se cierra sobre sí mismo por temor a romperse. Ve pasar los días junto a los habitantes de la comarca; no como mudo testigo, sino como fuente vigorosa de cubanía.

Paola López Castillo

A primera vista, señorea el conjunto arquitectónico de la Plaza Mayor. Impresionan su fachada de grandes arcos sobre pilares que dan forma al portal y el balcón volado con la decorada reja de hierro.

Su majestuosidad sugiere que entre sus muros palpita el esplendor de la villa de la Santísima Trinidad.

Una vez traspasado el zaguán de entrada, el ambiente doméstico envuelve al visitante y un suave aroma de café recién colado seduce los sentidos. La disposición casual de los objetos, el buen trato de los técnicos y el murmullo de las plantas en las macetas, se confabulan para que se sienta -más que un museo- como un hogar.

Construida en el Siglo XVIII, la vivienda No. 52 de la calle Cristo perteneció a varias familias ilustres de la ciudad, y su estructura actual es reflejo de las pretensiones de cada una. En 1836 adquiere el nombre de palacio por la unión de doña Ángela Borrel y Lemus con el conde Nicolás de la Cruz Brunet.

Pavimentos de mármol, pinturas murales, refinadas puertas y alacenas de maderas preciosas otorgan al inmueble una elegancia poco común. Pero lo que realmente lo hace único es la importante colección de muebles y artes decorativas que ornaron casas e instituciones trinitarias en la etapa del mayor florecimiento económico de la localidad.

Luego de una profunda restauración, el Palacio Brunet abrió sus puertas como Museo Romántico en 1972. Curiosamente, ninguno de los elementos de gran valor histórico, cultural y artístico que se exponen en las 14 salas permanentes perteneció a los dueños de la mansión, sino a los linajes de los Sánchez, Iznaga, Méyer, Bécquer y otros.

El montaje expositivo brinda un panorama de la vida de la sacarocracia criolla en el período comprendido entre los años 1830 y 1860. Se estructura en salas, recibidores, comedores principales, comedores pequeños para usos especiales, salones de estar, dormitorios, baño y letrina, como las viviendas típicas.

Metales preciosos, porcelana, cristal, madera, nácar y hasta conchas marinas se funden en todos los espacios bajo las exquisitas formas de objetos ornamentales, utensilios, mobiliario, vajillas y lámparas. Verdaderas joyas hechas a mano por artistas cubanos y foráneos, forman parte de la memoria tangible de la ciudad.

Uno de los mayores orgullos de la institución es la muestra de muebles de madera elaborados por ebanistas del patio con influencias del estilo imperio puro inglés y norteamericano. Como peculiaridad, estas obras de arte popular tradicional sustituyen el clásico tapizado por la pajilla, debido al clima de la isla.

También se exhiben piezas únicas que no corresponden a la época, pero que son exponentes significativos del patrimonio internacional. Se trata de auténticos originales del arte europeo, que cruzaban el océano en los baúles de los hacendados de mejor posición económica para enriquecer el patrimonio familiar.

Para suerte de los trinitarios, los tesoros del "Romántico" no permanecen dormidos entre sus paredes. Además de la incalculable cantidad de visitantes nacionales y extranjeros que recibe a diario, el museo sale en busca del intercambio con la comunidad. En sus 35 años de servicio ha recorrido todos los rincones del municipio.

Actividades para niños, jóvenes y adultos, proyectos didácticos en los Consejos Populares del Plan Turquino, interrelación con la Sede Universitaria Municipal, círculos de interés, visitas a escuelas, programa de lucha antidrogas y trabajo con niños con necesidades educativas especiales, atención a ancianos y discapacitados son algunas de las acciones que llevan a cabo.

Como reconocimiento a esta labor, el colectivo ha obtenido numerosos lauros. En este año 2007 ratificó la condición de Vanguardia Nacional, ya ganada de forma consecutiva entre 1990 y 1997. Asimismo, mereció el Premio de Cultura Comunitaria, que otorga la Dirección Provincial de Casas de Cultura.

El Museo Romántico, primera de estas instituciones en Trinidad, no ha quedado detenido en el tiempo, ni se cierra sobre sí mismo por temor a romperse. Ve pasar los días junto a los habitantes de la comarca; no como mudo testigo, sino como fuente vigorosa de cubanía.